

# Reflexiones sobre el capítulo 6 de Juan

Arzobispo Naumann - Semana 2



## **Diácono Bill Scholl:**

Bienvenidos a “Enflamar nuestros corazones con el asombro eucarístico”, del arzobispo Joseph Naumann de la archidiócesis de Kansas City en Kansas, una serie de reflexiones sobre el Evangelio de Juan. Contemplamos el maravilloso don de sí mismo de nuestro Señor a través de la acción de la Misa, cuando Cristo se entrega a nosotros en la Eucaristía.

## **Arzobispo Joseph Naumann:**

Bienvenidos amigos. Gracias por unirse a este podcast sobre la Eucaristía. Bienvenidos a estos podcasts de Cuaresma; vamos a continuar en el sexto capítulo del evangelio de San Juan. Nos saltamos un poco del evangelio aquí, y vamos a retomar los versículos 24 a 35.

“Cuando la gente vio que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, se embarcaron en los botes y se dirigieron a Cafarnaúm en busca de Jesús. Lo encontraron a la otra orilla del lago y le preguntaron: ‘Maestro, ¿cuándo llegaste aquí?’. Jesús les respondió: ‘Les aseguro que no me buscan por las señales que han visto, sino porque se han hartado de pan. Trabajen no por un alimento que perece, sino por un alimento que dura y da vida eterna; el que les dará el Hijo del Hombre. En él Dios Padre ha puesto su sello’. Le preguntaron: ‘¿Qué tenemos que hacer para trabajar en las obras de Dios?’. Jesús les contestó: ‘La obra de Dios consiste en que ustedes crean en aquél que Él envió’. Le dijeron: ‘¿Qué señal haces para que veamos y creamos? ¿En qué trabajas? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: *Les dio a comer pan del cielo*’. Les respondió Jesús: ‘Les aseguro, no fue Moisés quien les dio pan del cielo; es mi Padre quien les da el verdadero pan del cielo. El pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo’. Le dijeron: ‘Señor, danos siempre de ese pan’. Jesús les contestó: ‘Yo soy el pan de la vida: Yo soy el pan de la vida: el que viene a mí no pasará hambre, el que cree en mí no pasará nunca sed’”. Palabra del Señor.

Así que amigos, retomamos ahora con el versículo 24, pero sólo para explicar un poco el comienzo de esto. Dice: “Cuando la gente vio que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí”. Así que todavía están en el lugar donde ocurre el milagro de la multiplicación de los panes. Dicen que ellos mismos se subieron a las barcas y llegaron a Cafarnaúm.

Ahora bien, lo que sucedió en el interludio aquí, cuando Jesús vio que estaban tan impresionados por el milagro de los panes y los peces, se retira. Sube a la montaña y se dirige a un lugar solitario. Los discípulos, mientras tanto, suben a las barcas para cruzar al otro lado del Mar de Galilea, que también se llama Mar de Tiberíades o Lago de Genesaret. Tiene muchos nombres que se utilizan para ella en el Evangelio. Están cruzando, pero es uno de los episodios en los que se ven envueltos en una tormenta. Y Jesús viene caminando por el agua.

Es un episodio, de nuevo, que encontramos en los otros Evangelios, pero este es un poco diferente porque de repente, Jesús viene. Le dan la bienvenida para que entre en el barco. Y así, están en el otro lado. Allí se propulsan “a chorro”, por así decirlo. Por eso la multitud está confundida, ya que, ¿cómo han llegado hasta allí? Y sabían que los discípulos se habían ido, pero Jesús se había ido con ellos. ¿Cómo llegó Jesús hasta allí? Eso es lo que les interesa. Pero Jesús les dice, y siempre que Jesús dice: “En verdad les digo”, significa que va a decir algo importante. Dice: “Les aseguro que no me buscan por las señales que han visto, sino porque se han hartado de pan”.

Así que les desafía a que le sigan porque piensan: “Oh, esto es genial. No tendremos que trabajar ni un día más”. Él sólo puede proporcionarnos este alimento, y lo único que necesitamos es que haga un milagro tras otro. Pero Jesús dice que les hace saber que esa no es su misión; para ser este billete de comida gratis para ellos. Y les dice: “Trabajen no por un alimento que perece, sino por un alimento que dura y da vida eterna; el que les dará el Hijo del Hombre. Y así les dice ahora, que sí, que tenemos todas estas preocupaciones, preocupaciones naturales por nuestro bienestar físico y las necesidades materiales que tenemos. Pero la mayor necesidad que tenemos no son estas necesidades físicas, sino que es esta necesidad espiritual en la que necesitamos la comunión con Dios, donde él es lo único. Estamos hechos para estar en comunión con Dios y con nuestro Padre Celestial.

Y por eso Jesús los desafía a anhelar eso, más de lo que anhelan otro pedazo de pan o una barra de pan. Y Jesús entonces, es interesante porque comienzan a decirle: “¿Qué señal haces para que veamos y creamos? ¿Qué puedes hacer?”. Bueno, esto es interesante, ¿no?, porque acaba de hacer este asombroso milagro, pero ahora quieren otra señal. Y dicen: “Nuestros padres comieron el maná en el desierto”. Así que dicen: “Bueno, Moisés proporcionó esta comida celestial todos los días para el pueblo. ¿Qué tal si tú haces algo?”. La implicación es: “¿Qué te parece si lo haces por nosotros? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: *Les dio a comer pan del cielo*”.

Y entonces Jesús, de nuevo, dice: “Les aseguro, no fue Moisés quien les dio pan del cielo; Mi Padre les da el verdadero pan del cielo”. Así que dice: “Sí, Moisés fue una gran figura. Fue el instrumento humano que el Señor utilizó para sacar a los israelitas de la esclavitud en Egipto y ahora a través del desierto hasta la tierra prometida. Pero no es Moisés el que está haciendo todas estas cosas y obrando todas estas maravillas. Es el instrumento humano que Dios utiliza realmente para proveer a su pueblo. Y es Dios quien les proporciona este maná mientras atraviesan el desierto”.

Y en esto, Jesús está haciendo esta comparación entre él mismo, como identificará al final. Dice: “Les aseguro, no fue Moisés quien les dio pan del cielo; es mi Padre quien les da el verdadero pan del cielo. El pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo’. Y entonces dicen: “Bueno, danos siempre este pan”. Y que aquí es donde Jesús dice: “Yo soy el pan de vida. Yo soy el pan de la vida: el que viene a mí no pasará hambre, el que cree en mí no pasará nunca sed”. Y esto, de nuevo, nos remite a un pasaje anterior del Evangelio de Juan, el encuentro que Jesús tiene con la mujer samaritana.

Si recuerdan en ese episodio, Jesús está en este pozo. Tiene sed. La mujer samaritana llega durante el mediodía. Viene a esa hora del día en la que la mayoría de las mujeres no vienen a

buscar agua, y en parte porque es una especie de paria social porque lleva una vida inmoral en ese momento. Y Jesús le pidió que le diera algo de beber. Y ella le regaña que, como hombre y como judío, le pida a esta samaritana que le dé algo de beber. Y Jesús le dijo: “Si supieras con quién estás hablando, porque puedo darte esta agua viva”.

Y de nuevo, él dice: “Bueno, dame esto, así no tendré que volver todos los días”. Y así vemos el mismo tipo de dinámica. Ellos piden: “Bueno, danos esta comida, así no tendremos que trabajar más por la comida”. Pero en ambos casos, se están perdiendo lo que Jesús realmente quiere proporcionarles, que es una necesidad mucho más importante, una necesidad mucho más eterna que tenemos. Y de nuevo, esa es la comunión con Dios. Y entonces Jesús le dice que él es la señal que están buscando. “Yo soy el pan de vida. Yo soy el pan de la vida: el que viene a mí no pasará hambre, el que cree en mí no pasará nunca sed”.

Así que Jesús nos está diciendo que sólo él puede satisfacer realmente las ansias de nuestro corazón. De nuevo, no está hablando aquí de la comida física, aunque si estamos siguiendo al Señor, él nos ayudará a proveer. Tenemos que hacer como escuchamos en el Evangelio la semana pasada, tenemos que hacer nuestra parte. Pero el Señor proveerá nuestras necesidades. Pero la necesidad más importante que tenemos es esta comunión con Dios. Y por supuesto, eso es precisamente lo que la Eucaristía nos permite para estar en comunión con Dios. Pienso en esto en términos de los problemas que tenemos con la asistencia a la Misa y muchas personas pueden ser como la gente del Evangelio de hoy, que son algo obtusas a lo que se les ofrece.

Lo que Jesús realmente les está invitando a poder experimentar y compartir, es que él es la presencia viva de Dios en medio de ellos. Y ha venido para derribar las barreras entre los israelitas, el pueblo judío y Dios, y para llevarlos a esta relación de nuevo con el Señor. Y para cumplir las promesas que realmente se hicieron a través de los profetas y en el Antiguo Testamento para el pueblo de Dios. Está aquí, presente para ellos en este momento. Y pienso en esto en términos de algunas de las actitudes que encontramos en la gente hoy en día, que miran la Eucaristía como algo que tal vez intentarán encajar durante el fin de semana, si les resulta conveniente.

Pero eso sustituirá todo tipo de cosas y no hará que venir a la Eucaristía sea una prioridad. La Iglesia tiene este Precepto de la Iglesia de que, para un católico, tenemos la obligación de ir a la Eucaristía todos los domingos. A menos que haya alguna razón, podría ser una razón de salud, física, a menos que sea absolutamente imposible. Pero muchos ven la Eucaristía como, bueno, es sólo una cosa más para encajar en mi agenda. Y veremos si funciona con el calendario de fútbol de los Chiefs, si funciona con llevar a mis hijos con su equipo de fútbol de viaje. Si es conveniente o si me quedo hasta tarde el sábado y no tengo ganas de levantarme el domingo.

Y esto demuestra una total falta de conciencia de lo que se nos ofrece cada vez que vamos a la Eucaristía. Si entendemos lo que Jesús proporciona en la Eucaristía, ¿qué podría ser más importante para nosotros y qué podría alejarnos de venir al encuentro de Dios? La presencia viva de Dios, que en la Eucaristía se nos hace presente. El que hizo el universo y el cosmos, el que nos ha dado el regalo mismo de la vida. Y es esto lo que se nos ofrece cada domingo. Y de

nuevo, pensar que podría ser más importante que poder venir a recibir a Jesús, a recibir la presencia viva de Dios

Hemos sido bendecidos a través de nuestro bautismo para recibir la vida misma de Dios. Hemos sido convertidos en estos templos del Espíritu Santo. Nos convertimos, si se quiere, en estos tabernáculos vivos que llevan a Dios dentro de nosotros. Y el bautismo es el acontecimiento más importante de toda nuestra vida. No hay nada más significativo que nos ocurra, que lo que ocurre en el bautismo. Pero esa vida del Señor que se nos ha dado, necesita ser alimentada. Es necesario reponerla. Y así nos da muchos de los sacramentos o experiencias únicas, como el bautismo y la confirmación y los sacramentos del orden o para las parejas casadas del matrimonio.

Pero la Eucaristía es uno de esos sacramentos que el Señor nos da para alimentarnos en nuestro viaje por esta vida. Y es similar al maná en el Antiguo Testamento, que el maná era el alimento físico que se proporcionaba al pueblo de Israel mientras viajaba a la tierra prometida. La Eucaristía es este alimento para nosotros, mientras hacemos nuestro viaje por este mundo hacia la última tierra prometida, el cielo. Y por eso necesitamos este alimento espiritual. Tenemos que aprovechar esto. Es hermoso ver cuántas personas acuden realmente a la Misa diaria. Realmente lo entienden. Entienden que la Eucaristía es algo que nunca querríamos abstenernos de la oportunidad de recibir.

Y esto se ve en algunos de los relatos de personas que están en campos de prisioneros o de concentración. A veces, vemos este particular en los libros del padre Walter Ciszek, que era este sacerdote jesuita que fue capturado justo al comienzo de la segunda guerra mundial por los rusos. Había sido enviado como misionero al pueblo ruso, y es puesto en campos de concentración. Así que está allí durante décadas, está en campos de concentración en estas circunstancias tan adversas. Pero encuentra los elementos para poder celebrar la Eucaristía y sus compañeros de prisión, celebrará una Misa por la mañana, pero la mayoría no podrá acudir a ella.

Y entonces se ayunaba, no sólo una hora antes de la Misa, sino que se ayunaba desde la medianoche hasta el momento en que se podía recibir la Eucaristía. Y estos hombres ayunaban todo el día, incluso mientras realizaban este duro y agotador trabajo, sólo para poder recibir al Señor en la Eucaristía. Y que tengamos también esa hambre y ese aprecio por la Eucaristía, que es más esencial para nosotros que el alimento físico. Es este gran regalo que nos da el Señor. Y cada vez que llegamos a ella, es un milagro que Dios se haga presente de nuevo ante nosotros y nos alimente con su propio ser. Es renovar y alimentar la vida, su vida dentro de nosotros, que nos fue dada en las aguas del bautismo.

Por ello, no nos ausentemos nunca de recibir este pan del cielo. No nos permitamos nielijamos nunca separarnos del don de este bendito sacramento. Y cuando lo recibimos con fe y traemos al Señor, lo que sea que esté sucediendo en nuestra vida en ese momento, él traerá fuerza. Él traerá la paz, incluso en medio de algunas de las cosas que están causando ansiedad en nuestros corazones. Él nos traerá todo lo que necesitamos para poder cumplir con cualquier responsabilidad que nuestra misión nos confíe.

Recemos para que podamos tener una apreciación más profunda y profunda del don de la Eucaristía. Y recemos por nuestros hermanos y hermanas católicos para que nunca demos esto por sentado. Nunca nos separamos voluntariamente de recibir este don tan precioso, que no metemos la Eucaristía en el fin de semana, sino que hacemos de la Eucaristía el centro de cada domingo. O si vamos a la Misa de vigilia el sábado por la noche, pero la convertimos en el centro de nuestra experiencia dominical y construimos todo lo demás en torno a ella. Y es más importante que cualquier otra actividad que podamos hacer ese día. Gracias por escuchar y que Dios te bendiga. (música)